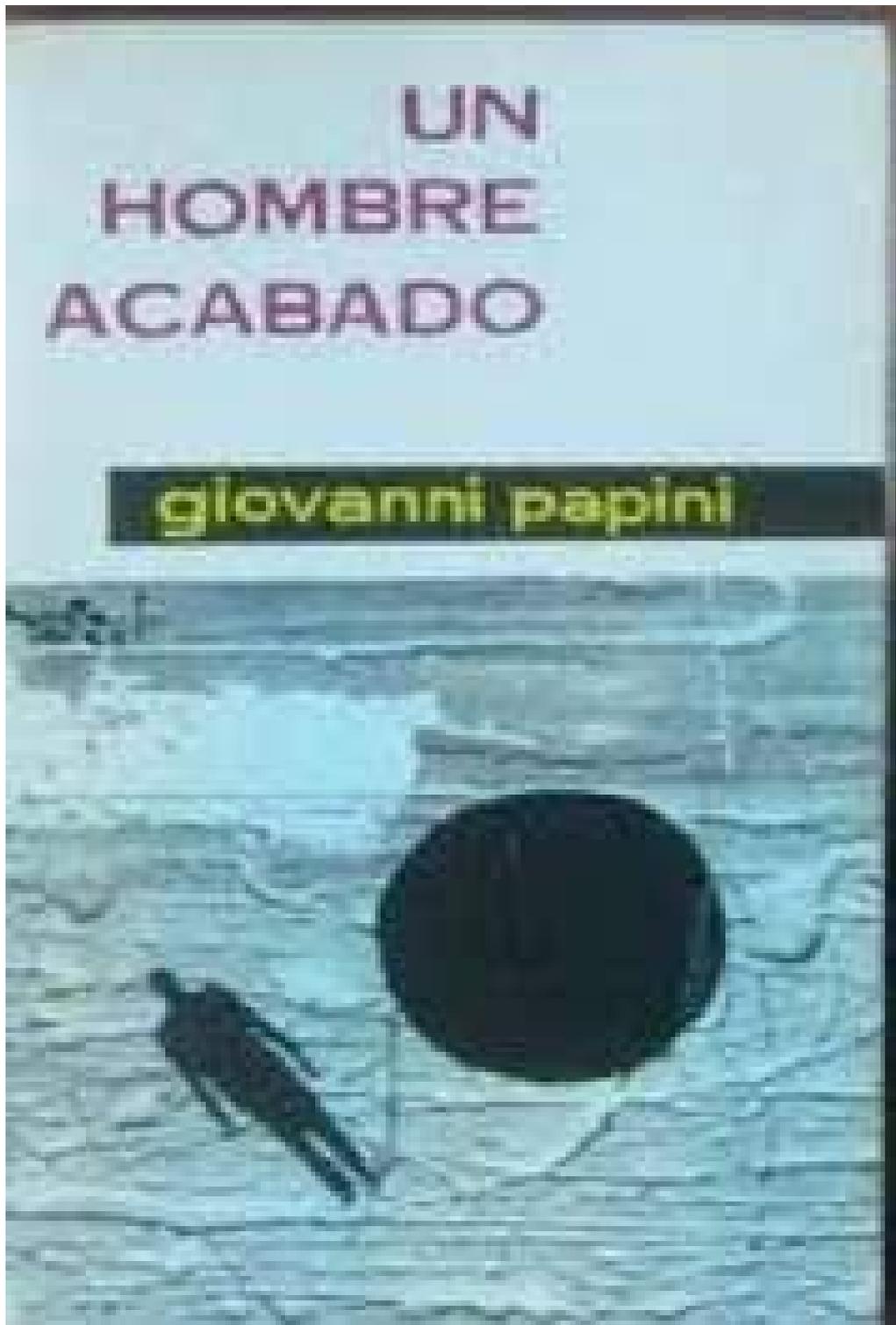


A punto de cumplir los 30 años

Esteban Ulloa Treviño



Capítulo 1

Me encontraba a meses de cumplir los 30 años. No me preocupaba envejecer o acumular años; me preocupaba mi presente y mi vida presente, la cual como se verá no era muy estimulante. Me animaba a mí mismo diciéndome que era la edad en la que Papini había renacido y Jesús comenzara su vida pública, así que algo que tendría que sucederme a mí.

Vivía tiempos difíciles: La realidad me había vencido. Siempre aposté todo a ese 4% de probabilidad que tenía de ganar y salirme con la mía. Al final estaba derrotado. Mi éxito dependía de encontrar a las personas, el lugar o la actividad idónea para mí. Nada de eso sucedió. En cambio tenía algo de sabiduría, un corazón cansado, envejecido, y un montón de experiencias, una gran lealtad a mí mismo. Todo lo anterior me hacía raro e insoportable para mucha gente, era un marginal del fin del mundo.

Me encontraba completamente solo. La realidad me había tumbado todos los dientes. Todos mis proyectos habían fracasado. Las personas se alejaban de mí, y yo de otras tantas. Seguía encontrando más de lo mismo: realidad. Me negaba a ser parte de ella si eso significaba renunciar a mis principios. Ya hacía algunos meses lo había decidido: la muerte, antes que ser parte de una mierda. Aún sabiendo que esto acortaría mi vida. Tras rumiarme todo el coraje, tristeza, decepción e impotencia, y bañar mis órganos en aceite, me calmé y busqué opciones de empleo: más de lo mismo, ofertas nada estimulantes, gente queriendo usarte y sacar provecho de ti.

¿Por qué no podía tener amigos, amar y hacer el amor con una mujer? O bien ¿tener un propósito y un sentido de vida? ¿por qué no me era posible? Esto le preguntaba una y otra vez al cielo. Mi plan de conocer un café diferente cada día ya no tenía chiste. En vez de eso sólo tenía días larguísima donde sentía mi primera vejez y retiro. Realmente comprendí a la gente jubilada.

Me había seguido tanto a mí mismo que ya no figuraba en ningún lado, trastocado por el amor y otra serie de eventos entre afortunados y desafortunados me habían regalado lecciones que no resonaban fácilmente con otras personas. El tabaco, los paseos, la música, el café y un ánimo eran mayormente mi vida. Pendulaba entre querer que me liberara la muerte y días de paz donde el mundo era un lugar maravilloso y la vida una bendición.

Mis plantas me hacían llevar cierta cuenta de los días, y aún así a veces lo olvidaba. Contaba los meses desde mi regreso de la última tentativa por alzar el vuelo y no regresar, por puro entretenimiento, ociosidad y cierto instinto de no perderme para siempre en la nada. Sin resonar con alguien ni encontrar un proyecto para involucrarme o que marchara, y sin

presiones por ganar plata debido a una vida austera, estaba entre la espada y la pared, mejor dicho en una sala de espera que se prolongaba hasta el paroxismo de la soledad y la desesperación.

No todo era negativo, me tomaba todo con más calma, desaprendía, lenta pero seguramente, disfrutaba mucho de mis viejos y de cualquier simpleza y acontecimiento que ocurriera. Mi ciclo del sueño era un desastre. Me sorprendía guardar cierto equilibrio ante una situación tan desesperada. Aprendía mucho, cuidar las expectativas, cuidar mi imaginación, cultivar la paciencia, observarme a mí y al mundo que me rodea, salir a caminar las calles, que son realidad pura.

Había días muy agradables en que todo fluía y mi compañía bastaba y hasta podía compartir con el mundo. A veces, la probabilidad de un empleo como maestro, o algún encuentro breve con alguna mujer con la que hubiera algo de conexión bastaban para desequilibrarme, ilusionarme y luego tener que vivir la tristeza. Extrañamente una y otra vez siempre regresaba a la soledad. Lo mismo con algún compañero de café, en cuanto una amistad comenzaba a brotar o algún sentimiento de camaradería, todo terminaba, y creo que no era por algo mío, al menos conscientemente. Me parecía que en la ciudad y había una crisis de relacionarse, un miedo al compromiso, un huir de la consciencia.

Me maravillaba cómo aunque mi soledad volvía a ser extrema ya la resistía cada vez mejor, y aún frente a un paraje sin esperanza, podía sentirme bien, encontraba agradecimiento en sólo tener vida y cierta intuición de futuro me mantenía bastante bien para mi situación real. Los días en que me planteaba que sería mejor estar muerto eran mucho más escasos y el sentimiento venía más como un viento nocturno suave que ya como una ola violenta que te revuelca. Aprendía a habitar los días, aprendía a existir, y miraba un montón de cosas a la luz de esta nueva óptica. Brotaban vidas que en una o dos semanas morían: Probables romances, trabajos y amistades, tiempo después no quedaba nada de ello.

Aprendí mucho en ese tiempo, y procuraba fijarme en las ventajas de mi situación, más que en lo negativo. Aún así cualquier persona, cualquier oportunidad eran un viento fuerte para una hoja que buscaba equilibrio en medio de la nada. Me sorprendía mi fuerza y el cuidarme más de las esperanzas y las personas, comencé a rechazar a varias aún en la soledad más pesada. Y así, a veces alguna cosa le daba un propósito y me entrenaba por algún tiempo para luego regresar a un desierto inmenso, pendulando entre la paz con risas y, la desesperación, irritabilidad y tristeza profunda.

Era interesante sentir cómo los ciclos terminaban, aunque muchas veces no veía ni qué pasaba, pero podía sentirlo. A veces estaba ya cómodo o le agarraba el modo a mis sentires, y alguna cosa lo trastocaba todo y sentía

como pasaba a un nuevo espiral, para volver a crecer, acoplarme y volver a girar una vez más. Aún así me mantenía despierto y muy atento a mí mismo y a mi realidad, no recordaba otro tiempo con tanta oportunidad para pensar la política, el mundo y todo lo que veía y llegaba a mí. Mi situación aunada a mis paseos casi diarios me permitían esto.

A veces me invadía una seria decepción y tristeza profunda que incluso me anudaba en vientre y el sexo. Eran episodios extraños donde la desesperanza y el lado más feo de la realidad me clavaban un puñal. Otros, un monje budista me sonreía y me mostraba cómo una luz lo tocaba todo, el viento soplaba con olor a rosas y todo resplandecía, tenía una paz y un amor y el sólo existir ya era en sí un milagro, una bendición y una dicha. Por momentos llegaba a sentirme en drogas.

Tras las negativas de la realidad por darme una razón o una oportunidad para desplegarme, y puesto que toda relación, lugar o proyecto que me ofrecía cierta "salvación" luego se caía a pedazos, me dediqué al mejor proyecto que tenía a la mano: yo mismo, trabajar en mi paz, en mi alegría, en mi mente, y aprender a ser feliz con lo más elemental de la vida: Estar vivo, dormir, vestir, caminar, tomar café, cocinar, comer, tener salud, tomar una ducha caliente, y cualquier cosa que el día tuviera de bello o emocionante. Tomaba toda la fé que me era posible y me dediqué a esto, decidiendo que sería feliz aún en esta situación.

La vida me ponía a prueba. En cuanto regresaba a mí, lograba conquistar mi paz de espíritu, muchas emociones venían juntas. En dos días ya conocía a 3 mujeres que les interesaba y me gustaban y se asomaba una probabilidad de encontrar trabajo dejando la casa de mis padres y cerca de mi sueño y vocación de dar clases en bachillerato. Leía a Séneca, que era un vaso de agua fresca, revitalizante, refrescante. Aún así era abrupto pasar del desierto a un carnaval en el Caribe.

Pensaba que escribiendo esta novela llegaría el giro de inflexión, conocer una mujer con la que me entendiera y hubiera amor y consiguiera un trabajo que me ayudara a realizarme y a darle mayor orden a mi vida. (Risas) Pero ese punto sólo se alargaba y se alargaba. Mi relación con mi padres y una hermana era muy bueno, con otra hermana bueno, aunque aún no se reestablecía la comunicación, con mi otro hermano el rencor de mi parte disminuía poco a poco. Ahora me estaba durmiendo a las 6 de la mañana, y con algo cercano al tabaquismo pero sin ser adicto o dependiente. Fumaba más por tener algo que hacer.

El dinero, la ropa, varios ciclos, las personas que conocía, de pronto volvían a irse de mi vida. Era una buena escuela, las lecciones se repetían una y otra vez y cada vez lo sorteaba mejor, pero a veces el peso del mundo volvía con fuerte intemperividad, aunque cada vez lo encajaba mejor, ciertamente. Disfrutaba todos los miércoles de un evento cultural donde me encontraba a veces con gente que estimaba mucho, pero

siempre igual: no terminaba por hayarme del todo. Lograba renunciar a toda expectativa, deseo y miedo, esto me proporcionaba gran paz, sólo me enfocaba en estar en paz y agradecido de existir. Pero cualquier mujer o esperanza bastaba para desasogarme violentamente, aunque cada vez me volvía más diestro en esto.

Comprendía cada vez más que mi vida estaba en riesgo, ya no mi trascendencia, mi realización, el lograr mi llamado a cosas grandes, sino el que la muerte no me contara entre sus simpatizantes, para ello sabía que tenía que seguirme con aún mayor fuerza, abandonar todas las guías o prudencia. El trabajo era estar lo mejor posible, ser muy amable y cariñoso conmigo y reunir toda la paciencia del continente. Y tuve días de gran dicha, de pura celebración y estar conmigo. Exploraba la sinceridad de la soledad y el despedirme de una mujer si no había algo para mí. Estudiando mi sexualidad de cerca y comprendiendo lo que implica vivir con ella. Sabía que tener sexo por tener sexo sólo me causaría una peor sensación conmigo mismo, pero no me cerraba a compartirla con quien pudiera darse un lindo intercambio o algo que me enriqueciera.

A veces me sentía como un anciano jubilado, y vaya que los llegué a comprender muy bien. Ahora mi vida pasaba a otra etapa. Sin dinero, me veía encaminado a vivir otra de mis verdades "No trabajaría por dinero". Quería dedicarme sólo aquello a lo que mi alma estaba llamada. Y la vida parecía alentarme, pues no faltaba quien me invitaba cosas, y como siempre, se me acercaban personas a las que tampoco les importaba tanto. Era muy afortunado en realidad, un exilio donde tenía techo, comida y hasta internet y agua caliente. Poco a poco me acostumbraba a privarme de las redes sociales y una soledad tan nítida. Mi bienestar dependía de sondear bien mi necesidad de caminar o quedarme en casa.

Si sentía que tenía que quedarme en casa el día fluía, pero si por pereza me quedaba terminaba viendo 8 horas de ánimo, lo cual sabía no me hacía bien. Por otra parte salir a la calle implicaba estar en contacto con la realidad, pero igual si lo veía como salvación comenzaba a abusar de ella y se volvía nocivo también, alejándome de mí mismo y llevándome a una soledad insoportable. Los miércoles eran días de apoyo y gran convivencia y diversión, fueron muy importantes para mi bienestar junto con los amigos y compañeros de algunos cafés. Lo más importante era la calma de mi espíritu, cuando era así, los días, los acontecimientos tenían significado, era capaz de ver el mapa completo, llevar el hastío, la soledad, la ansiedad, sabiendo que al día siguiente caminaría.

Por lo demás todo el resto del mundo había desaparecido para mí. Había madurado enormemente todo este tiempo y cuidaba mucho mejor mis emociones. A veces fantaseaba que viejos amigos me buscaban, los encontraba en la calle. Soñaba con mujeres a las que quería y compartía mi sexualidad en mis sueños. En general hacía un muy buen esfuerzo que no me costaba, pues sólo me seguía a mí mismo y veía lo mejor de mí

situación. Lo difícil eran los tropiezos, el mundo se me venía encima, sensaciones de inutilidad, de desperdicio, de abandono, de hastío, en que sentía que a ese paso moriría pronto. Luego yo mismo me invitaba una taza de té, me abrazaba, me apoyaba, me sacudía el polvo, me daba un baño y me recordaba que en general lo estaba haciendo muy bien, y que no había necesidad de llegar a ningún lado, podía estudiar, profundizar y penetrar la realidad sólo existiendo, y podía ser feliz, sólo existiendo y haciendo mi mejor esfuerzo.

Me dí cuenta que estaba muy herido, y que pese a estar bien había muchos temas que no había enfrentado, situaciones que no había asimilado, superficialidades y huídas de mi parte, de mí mismo. A veces tanta inactividad, tiempo en mi cama y soledad me embotaban y era aún más difícil convivir con el mundo. Pero en general nunca fue un problema. Tras sanar lo más importante, la lectura volvió a mí, y eso fue muy positivo. Séneca, confortándome diciéndome que el sabio sabrá ver si la República es algo deseable para él y sí la República desea al sabio. (Risas y alivio). Era mi situación, la República no me aceptaba ni parecía ser un buen lugar para mí, y bueno para la República era un indeseable, un rebelde. Y que con que el sabio sólo camine por las calles compartirá quién es y con eso estará cambiando la República. Y así lo pensaba antes de leerlo incluso, cuando andaba en bicicleta exponiendo mi vida, o caminando sin cubrebocas en el auge del miedo a covid. Y ahora era un motivo, real. De lo más humilde, pero tenía un propósito.

Caminar con mis gafas oscuras, con mis botas y mis ropas favoritas, a veces con música, llegar a mi parque favorito, tomar café de mi termo, un cigarro y un libro. En ese parque había jaraneros, músicos, mujeres hermosas, niños, árboles agitándose al viento, sol y muchos perros. Ahí está la vida, ¡qué días perfectos! Otro día la lluvia me tuvo 1 hora siendo parte de ella bajo un techo, sentado sólo la mitad de mi trasero en un escalón. ¡Cuánta dicha! (Risas plenas). Ahí romanceaba con la vida y a veces la muerte como amante posesiva se metía en mi cama, me acariciaba y rogaba que le hiciera el amor. Siempre me resistí, con su tortuosidad. La vida es breve, aunque una noche larga y solitaria puedan invitarte a percibir lo contrario.

Era ya partidario de Séneca. Por eso fue tan increíble encontrarlo, tras leer los tormentos de Simone de Beauvoir, quien se aplicó a los estudios y estos le ofrecían una esperanza, un lugar y un punto de conexión; yo me sentí doblemente desdichado, jamás me avoqué a los estudios realmente y no había un sitio o salvación ahí para mí. Era feliz, en realidad era feliz, con sus bemoles respectivos. Aprendía, y me acostumbraba. Sobre todo tenía una certeza muy sólida que era que uno está dónde y cómo quiere, y a su vez, la vida te pone justo donde necesitas. En eso tenía y tengo una fé inamovible.

En realidad, ahora que escribo estas líneas me doy cuenta que el cambio de engranajes, el giro en la historia sí llegó. Sólo que no llegó como me lo imaginaba, a lo "hollywood". No, llegó en más madurez, en ver las cosas de otro modo. En depurarme y pasar por un crisol para ser aún más sencillo y abandonar tantas locuras de las que ninguno escapamos. A su vez fue muy interesante, pues como decía, de pronto un montón de signos y cosas de la realidad terminaban, al mismo tiempo. Y yo lo detectaba, pues tenía todo el tiempo del mundo y cualquier cosa era un suceso en mi vida (risas).

Hoy puedo decir, sin trabajo, sin dinero, viviendo en casa de mis padres. Con personas que quiero pero soy consciente que pueden desaparecer en cualquier momento, sin pareja o alguien que realmente me mueva sentimentalmente, sin una pizca de futuro, sin nada por delante, con poca probabilidad de quedarme en un empleo aunque lo consiga, quedándome calvo. (Risas) Puedo decir en verdad que a veces soy muy feliz, que en general tengo una gran paz, que me encanta la vida y quien soy yo, y que soy bendecido por todo lo que tengo y soy.

A veces me sentía como en el párrafo anterior, pero la verdad es que no llegaba a ninguna cima, ni a ningún lugar donde la vida tuviera algún sentido. Me parecía que la vida quería que aprendiera, creciera, y sobre todo que estuviera conmigo en esta etapa. Y así iba sucediendo en realidad. Los días que menos esperaba eran los que más sucedían cosas, me encontraba personas. Aunque a veces se sumaba un hastío de ya siempre hacer lo mismo. Mi vida era quedarme en casa o ir a caminar.

Cualquier suceso inesperado y nuevo era una gran aventura, como cierto funeral que hubo. Fue una conmoción, ver y abrazar a tantas personas que en otro tiempo quise mucho, me dejó el corazón y la energía muy bien por varios días. Así como el recordatorio de la muerte, el ciclo que terminaba con la persona difunta y haber recuperado muchas cosas más sólo siendo honesto. Recuerdo esa extraña sensación de abrazar a todos e interactuar sinceramente, para terminar sabiendo que ya nadie formaba parte de mi vida actual.

Un mismo día me plantó una persona que ya antes me había quedado mal y me plantaron para una entrevista de trabajo. Curiosa y efectivamente ya me sorprendía de buena forma "curtido". Ya no me sorprendía que esto pasara. En realidad esto acentuaba mi soledad, sabía que estaba extremadamente solo y que lograr conectar con alguien sería difícil, no sólo por mi situación, sino por mi forma de ser. Personas que no aportaran a mi estabilidad o no quisiera ver en realidad, encontraba el modo de cortar toda comunicación, y sin redes sociales, realmente la tarea se hacía más sencilla. Si alguna persona hubiera logrado franquear el obstáculo de no tener redes donde buscarme, esa persona se hubiera granjeado mi corazón. Como fuere, era más un alivio estar lejos de esos medios inmediatos, frívolos y al alcance de todos, yo buscaba otro tipo de

personas, personas con interés, relaciones reales.

Ante esta perspectiva me avoqué a lo único que parecía estar a mí mano, aumentar la sinceridad para conmigo mismo. No me quedaba otra opción, tampoco, jajajaja: Mantenerme lo mejor posible, seguir fluyendo con el curso que la vida de algún modo me indicaba, llenarme de toda la paciencia del mundo y seguir viviéndolo mejor posible. Eso fue lo que hice. Saludé a mi hermano y comencé a ser amable con mi hermana. El rencor había pasado, ya no importaba, aunque sabía que tampoco podían ayudarme, ni podía tener una relación real con ellos. Así, me eché a la vida y a los días...

Comenzaba un nuevo día. La perspectiva de que mi día era dar un paseo, sentarme a leer en el parque, en fin, lo mismo que había hecho ya tantas veces me abatía un poco el ánimo. Volvía a dormir, pero sabía también que dormir hasta tarde por lo general siempre se paga con un insomnio inclemente, que a su vez desbarajusta terriblemente el ciclo del sueño, que ya había recuperado y sin duda aportaba a mi vida. Si lograba que el cerebro despertara con calma y me tomaba el día con la mayor calma posible, sin caer en algo artificial, el día podía componerse, pues no había nada que pensar, sólo existir, disolviendo el futuro, el tiempo, las perspectivas.

A veces me entristecía mucho, nadie me buscaba, y yo no quería buscar a nadie realmente. Podía buscar a algunas personas, y lo hice algunas veces, luego dejé de hacerlo. Me entretenía estudiando lo que era mi propia sexualidad, qué era cargar con una sexualidad masculina, y lamentaba muchas veces no tener una compañera con quien disfrutar de mi sexualidad y la de ella. Tenía el tiempo del mundo, todo lo que me ocurría, pasaba a la mesa de disección y luego al laboratorio para cientos de pruebas. La vida tenía momentos en que se me revelaba completamente, pero de a poco. Habían pasado casi 5 meses de volver a la ciudad y sin duda ya no era el mismo.

Hubo cierto café pequeño y muy acogedor, donde no sólo encontré buen café sino buenas compañeras, con ellas hablaba horas y horas, y era una interacción importante en mi vida, pues casi no hablaba con nadie. Me gustaba el lugar, me gustaba el café, y me gustaba mucho su amabilidad y charlar con ellas. Ahí fui al menos 4 meses, de 2 a 4 días a la semana. El feminismo andaba efervescente y aunque le llamaba la atención a algunas mujeres, yo ya no sabía cuándo o cómo acercarme y esperaba más bien a que ellas lo hicieran, por malas experiencias y por la tensión del ambiente por este fenómeno.

Cierto día llegó una mujer, hablamos, la conexión fue muy buena y muy rápida, al final me dejó su teléfono, esa noche dormí sólo dos horas ya entrada la mañana, y le escribí, ese mismo día salimos. Para cuando nos despedimos yo ya estaba perdido, me encantaba, me atría terriblemente,

la conexión era muy fuerte, y su forma de ser me encantaba. Nada me importaba que tuviera 48 años, para mí era de las mujeres más hermosas y maravillosas que he conocido en mi vida. Yo estaba listo y decidido, yo a ella le gustaba, pero no sabía si en la misma medida que ella a mí. Igual me contó que venía de un proceso complicado, y que quería llevar las cosas con más calma. Yo lo acepté. Ella realmente lo valía.

Esa noche dormí deliciosamente, que no era la común, gracias al cansancio y al haber estado juntos, sin duda. Al día siguiente sentía el mundo desde una perspectiva diferente, más cálida, más pacífica. Opté por darle todo el día siguiente, y me determiné que la buscaría en la noche para salir el viernes. Una vez más me encontraba en una situación comprometida, sosteniendo dos desenlaces: su desaparición, o vivir una buena historia de amor, sin importar lo que durara. Al final resistí hasta las 3 de la tarde y la busqué. Respuestas muy cortas y cordiales me hicieron presentir lo peor. A las 7 de la noche, se había ido de mi vida. Una persona que a sus 48 años aún no se anima a vivir el amor cuando se le presenta o hablar claramente.

Fue triste, algo doloroso. Pero cada una de estas embestidas sólo me regalaban un golpe de realidad brutal, veía cómo era sólo un síntoma más de un mundo caótico, de un mundo de personas manipuladas y cobardes. Esos golpes me maduraron mucho. Cada vez se veía más complicado unir ambos mundos: yo era un marginal, ellos presas del sistema. La brecha se hacía más grande. Yo me apegaba a mi amor por mí mismo, al compromiso de vivir por haber recibido ese regalo. Ya no tenía dinero, ni libertad, ni la expectativa de un amor, ni esperanza. No había nada, pero sabía que por fuerza tarde o temprano algo pasaría. Además se había terminado el tabaco. Aún así, me hacía feliz al día siguiente ir a leer al parque, tomar café, y tal vez cambiar café por tabacos. No me caería, cada uno de esos golpes lo volvería fuerza, lo volvería sabiduría, con lo doloroso de su proceso.

Mis emociones eran una montaña rusa. Un día desolado y de gran soledad de pronto se componía y me sentía muy bien tras un encuentro fortuito con alguna persona nueva o que estimara. Mi crisis se hacía más llevadera pues ya no pensaba tanto en mi situación, sólo me entregaba a cierto flujo extraño que me hacía ir casi diariamente a un parque a leer tragedias griegas, fumar y beber café de mis termos. La vida me proveía de cigarros cuando me quedaba sin ellos. Mis amigas del café dejaron de ir una semana, el centro cultural ya no me llamaba. Los ciclos cambiaban, todo cambiaba, moría, se develaba, perdía su magia. Quizá era que yo entraba a los 30, era una de las más duras transiciones de mi vida, sin duda.

Tenía una buena racha conociendo personas en el parque, pero no terminaba bien. Eran señoras en su mayoría, atractivas, de trabajos corporativos y oficinistas que buscaban tener sexo conmigo, pero nunca se

concretaba pues no sabían decir las cosas con claridad, lo enredaban con farsas que yo no sabía distinguir y no se me daba el cinismo para seguir la farsa y varias veces me involucraba emocionalmente, lo cual siempre acababa mal, pero me curtía. A veces sufría doblemente pues ni siquiera compartir el sexo era posible. La mercantilización de las relaciones era el fenómeno que vivía. Sin mensajes de alguien que me buscara, sin futuro, sin expectativas, lograba mantenerme a flote y hasta sentirme bien. Seguí caminando.

Mis 30 se acercaban, estaba a 9 días de cumplirlos. Por más paciencia que reunía, la desesperación siempre encontraba el modo de ahogarme en ella. Aunque cada vez lo manejaba mejor, también es verdad. Me decía cosas positivas e intentaba mayormente siempre enfocarme en lo positivo. Pero mi situación era desesperada. Había días que salía a la calle en busca de mi salvación, una mujer, un proyecto, un suceso que me ayudara a saber hacía dónde dirigirme. Mis viejos me dejaban estar en casa sin pagar, no podía pedirles nada más. Cuando les comentaba mi desesperación sus consejos sólo eran un poco pesados de escuchar: Busca a Dios, consigue cualquier trabajo... Creía y creo en Dios, con una relación personal y diferente al suyo en varios aspectos, mientras que trabajar de cualquier cosa no me parecía realmente una solución.

Aunque no descartaba trabajar, meserear en un lindo café no me parecía mala idea, pero no encontraba algún anuncio donde así lo solicitaran. Fuera de mi familia que sin duda ayudaba, no tenía un lugar en el mundo y sentía que a nadie más le importaba. Si moría por esos días, sentía que no pasaría nada realmente. De vuelta al mundo del que me fuí por unos diez años. Había perdido, había obtenido sabiduría pero de nada me servía en este mundo y sociedad a la que regresaba. Vivía con ella, la valoraba, lo cual a su vez me alejaba de la gente. Viví días de verdadera, penetrante, lenta e inmutable desesperación que se acentuaba día con día. Intentaba tomar nuevas calles, hacer algo diferente, estrené unas botas, para quedarme ya sin nada por estrenar. Alternaba mis reproductores de sonido, me deshacía de cosas, ordenaba una y otra vez mi cuarto, regalando y sacando cosas.

Aún así, en el fondo de mi ser, sabía que no era el fin, que me esperaba al menos una cosa más, una oportunidad más, una batalla más, llegaría mi momento, aunque me angustiaba considerar que quizá faltaban varios años para ello. Muchos creían que el problema era el covid, pero yo veía claramente que el problema ya estaba desde antes, y que el problema de raíz seguiría a través y después del covid. La mercantilización de las relaciones humanas sólo era un síntoma más, de una gran sociedad que se descomponía cada día más, la política era otro síntoma. Y yo, me sentía como un ex capitán que viaja en su ex barco y se hunde lo más dignamente posible mientras a su alrededor sólo encuentra caos y locura.

Había perdido mis apuestas por la poesía. Ganado sabiduría, pero nada había florecido fuera de mis apuestas, dentro mío había un inmenso jardín, pero nadie quería pasar, ni encontraba puentes por los cuales compartirlo. Lidiaba cara a cara muchos días con la muerte, y jamás pensé en quitarme la vida, sólo me consolaba la idea de dejar de existir. Me quedaba calvo, me picaba la cabeza. Leer era mejor que no leer, pero nada significaba para mí. Ese era mi gran tragedia, ya nada significaba nada para mí, pues nada tenía, ni relación con nada, las ilusiones sólo me lastimaban más a la larga. Me mantenía unido al mundo por supervivencia y esta intuición de que al menos me faltaría una batalla, al menos podría dar mi vida por algo que valiera la pena, yo decidiría cómo morir por lo menos.

Comencé a reírme de mis desgracias, a sentirme ridículo vistiendo cada día elegantemente, comportándome y caminando lo más dignamente. Era un general que había perdido. La verdad jamás creí que perdería, que me vería en esta situación. Aún así no sé de dónde sacaba fuerzas, pero no me engañaba, soportaba la realidad cual era y se me presentaba, aceptaba mi situación por adversa que fuera y dejaba que me transformara, aunque veía que me convertía en algo ajeno a lo que esperaba o buscaba, pero no podía hacer otra cosa. Se operaban cambios en mí y el porvenir era incierto e inexistente, nada se asomaba en el horizonte.

Estaba por llegar a mis 30 años y me gustaba el hombre en que me había convertido, había escapado de neurosis, drogas, alcoholismo, adicción al trabajo y persecución de objetivos mezquinos como mis compañeros, no tenía deudas, estaba en paz con mi pasado, y conmigo. El problema es que nada había en mi presente. Fumaba por el tedio de los días y su larga duración más que por otra necesidad de vacío o asunto que me causara ansiedad, salvo bueno, la misma situación actual. Esa era mi vida por aquellos días, y creo que la de muchos más por aquellos tiempos.

Disfrutaba realmente sentarme en mi parque favorito, fumar, leer y tomar café de mis termos, ver a los niños, a los perros y a las mujeres hermosas. Tenía muy buenos momentos también, de paz, sin tiempo, sólo para mí, me libraba de ideas rígidas o fijas, al estar sin presiones cosas en mí se disolvían, otras regresaban. Era un malabarista en la cuerda floja, mi situación era desesperada, pero igual tenía muchas ventajas como la falta de presiones, estrés, compromisos, obligaciones. Podía con ella. El problema era cualquier expectativa, deseo, mujer o esperanza que llegaba a mi vida, bastaban para tirarme de la cuerda floja, y volverse a subir a veces me costaba más tiempo del que quería.

Como fuere estaba vivo y eso era muy bueno. Mis emociones eran una serie de ríos, a veces me encausaban por la desesperación, la desesperanza, la tristeza, la frustración, el enojo, la paz, la esperanza, la pura existencia. A veces tomaba un río que sólo era una emoción extraña

de querer ir a los cafés y seguir leyendo, caminar, era el río mismo de la vida. Varias veces me olvidaba de los días y las horas y sólo de pronto cuando caía en cuenta ya habían pasado 7 o diez días. El centro cultural me ayudó, ver arte y conocer gente muy diversa, muchas veces alimentó mi espíritu. Sin embargo todo se iba terminando, pero mientras duraba sacaba lo mejor de ello. Ya conocía a muchas personas, y sabía con quién convivir, con quien un poco y con quien no, pero eran sólo 2 o 3 las personas significativas y no acabábamos de correspondernos del todo.

Me encontré a la mujer que me plantó, se disculpó y me dijo que lo sentía mucho y le hubiera encantado verme. Fuí honesto conmigo y supe que la química entre nosotros era inexistente. Así que le dije que por algo había sido y no hice más. Un día en la desesperación estaba convencido de entrar de mesero al día siguiente. Al día siguiente ya no estaba el anuncio solicitando personas. No necesité más. No era por ahí. La vida me orillaba a estar solo. Cada mañana y volviendo de los paseos revisaba el correo, como un naufrago. 99% de las veces, lo mismo: Nada. Estaba en el desierto, sin redes sociales, era un marginado, un fantasma, alguien inexistente. Persistía en mi locura. De niño admiraba a excéntricos que tomaban medidas extremas en su tiempo, pero justificadas. Me había vuelto uno de ellos. Aunque nadie lo sabía y me parecía que a nadie le importaba.

Por momentos tenía una gran fé inexplicable que me hacía los días muy agradables, una fuerza, alegría, vivía dentro mío y algo podía compartir a los demás. Otros días, estaba fuera de todo, comenzaba a hundirme en un lago, una cortina de agua me separaba del mundo, y donde estuviera o quien estuviera estaba distante, ahogándome en ese río. Mi agilidad mental disminuía, aunque por la noche mi mente estaba muy inquieta y casi nunca dormía bien. Eran días complejos, días que pasaban muchas cosas internamente, todo se acomodaba lentamente y era difícil observarlo mientras vivía. Pero a veces, un punto de comparación me permitía verlo. Había superado muchas cosas. Era un vivo ya enterrado que un montón de cosas ya no lo afectaban a la vez que sentía mi alma vieja y joven. Aún deseaba, pero a la vez sabía que era inútil todo deseo.

Aprendía a vivir, eso sí. A no preocuparme más de la cuenta. A estar en paz. Procurando despertar y no perder ese arrullo de quien recién se ha levantado, sin dejar que el cerebro sobreduerme. No. Más bien quedarse como acurrucado, disfrutando del día desde tu cobertor, una calidez te cubre del mundo y todos los que en él quieren tu energía. Sólo salir de ahí cuando ofrezcan lindas cosas. Caían ofertas de vez en cuando, conocía otras vidas, otras realidades, todo se acomodaba. No había nada que alcanzar y también era muy positivo, el día era una sorpresa, y la vida una agradable caminata para quien se apega a sus leyes y a la realidad.

Una noche regresaba cansado y con ganas de ir al baño, y en la ciudad un baño en tu camino es un lujo ya. Había sido un día interesante. Me

encontré a la mujer que hace 7 días me emocionaba y alegraba mi corazón. Finjé no verla, ya se besaba con otro. Me dió mucha ansiedad y algo de tristeza, pero fue bueno también para saber que la había perdido para siempre. Sí ella me buscaba más adelante, sería otro, ya nada tendría sentido entre nosotros. La mercantilización de las personas seguía siendo una realidad que me impactaba, pero sabía que aún habíamos personas sinceras y descomplicadas (y sobre todo, no prostituíbles).

De ahí pasé a visitar a mis amigas del café, no estaban. Hablé con quien quiso en el centro de artes. Se acababan los miércoles de poesía, era el fin de una era. Me encontraba en la calle a un querido ex compañero, decía que me recordaba, lo abracé con mucho gusto. Igual compartí un cigarro y hablé con otro buen conocido, el policia de una plaza, buen hombre y gracioso. Muchas lindas mujeres y una de la cual llamé la atención y ella la mía, pero fuí sincero y supe que sólo hubiera sido un desequilibrio y algo sin futuro ni presente. Estaba bien, había sido una semana interesante, me había mantenido a flote sin clavarme demasiado en pensar en alguna cosa que me alterara. Siguiendo la emoción de ir al parque. Y al día siguiente vería a una linda mujer que encima me había escrito para confirmar vernos mañana. Me sentía muy bien, sólo había que seguir viviendo.

En una semana dos señoras de 40 años me buscaron. Al inicio se mostraron muy interesadas, después perdieron todo el interés. Desconozco lo que pudo haber pasado, quizá simplemente no era su tipo, buscaban alguna cosa que no llegué a descifrar, quizá alguien que les ofreciera estabilidad, o las aburrió sin remedio mi honestidad y transparencia. Como fuera se marcharon, para la segunda yo ya estaba curtido y no le dí mayor importancia. Las mujeres se volvían un terreno muy extraño ya para mí, y emprendí la inmensa determinación de olvidarme de ellas y sólo dejar que las cosas ocurrieran y ver cuál se quedaba tras conocerme. No tenía más alternativas realmente y defendería mi paz de cualquier ilusión.

Jajajajajaja. Y bueno, hoy finalmente es día de mi cumpleaños. Si han llegado aquí en verdad les agradezco enormemente y espero no se haya vuelto un tanto una hoja de quejas y lloriqueos, es algo que emprendí hace un par de meses y tuve que hacer para ayudarme a seguir adelante, y con la fantasía de que el día de mi cumpleaños algo cambiaría en mi vida. Muchas cosas han cambiado, pero no del modo como yo me imaginaría o quisiera. Pero en verdad hoy puedo celebrar que he madurado, mi percepción del mundo ha cambiado y he encontrado muchas cosas valiosas, entre ellas: Comprender que he de apostar solamente a mí mismo, ser quien soy con toda la fuerza y sinceridad del mundo, conectar conmigo, vivir de mi propia fuerza. Agradecer lo que la vida me ofrece y fluír con ella, soltando, disfrutando y agradeciendo.

Hoy sé también que estaré bien y estaré mal. Hoy sé que estar vivo es ir en una montaña rusa. Hoy sé que hay que amarse muchísimo y mantenerse fiel a uno mismo, a mis sentimientos y emociones. Sé que mi suerte cambiará y que la vida me dará más bendiciones, pero he de tomarlo con paciencia, y seguir comprendiendo la vida, pero sobre todo, solamente viviendo. Quizá no llegue a ese lugar de plenitud que sueño, quizá sí, pero sé que la vida es amable para con los que son amables, y que tarde o temprano llegarán cosas que son para mí. Leer y respetar la realidad: Lo que no es para mí, no es para mí, y lo que será para mí, será sólo para mí y lo disfrutaré mucho tras pasar por este duro destierro. Hoy al menos, me espera una caminata, y quiero brindar con sake por llegar a 3 décadas y haberlas vivido como quisiera, y en una de esas hasta con una persona que quiero a mi mesa, que es más de lo que esperaba. El futuro es incierto, y por una parte me alegra mucho que así sea, pues por algo salí del camino pavimentado.

Sé que estaré bien. Ya comienzo a reunir nuevas personas, amistades, perspectivas... Agradezco muchísimo, y lo que viene quedará plasmado en otros relatos, o con algo de suerte, ya no tendré tiempo de escribir, pues la vida y yo volveremos a amarnos, y celosa ya no me dajará mucho tiempos para escribir como válvula de escape, pues estaré en el centro de ella misma.